La Aparición de los Ángeles á los Pastores.

"He aqui, os anuncio buenas neuvas de gran gozo."

El Nacimiento de Jesus.

EN la pequeña villa de Nazaret, situada entre los cerros del norte de Galilea, se encontraba el hogar de José y María, quienes fueron después conocidos como los padres terrenales de Jesús.

Este José era del linaje, es decir de la familia, de David el Rey; y cuando se dió un decreto de empadronamiento para imponer tributos á la nación, tuvo que ir á Betlehem, la ciudad de David para inscribir su nombre.

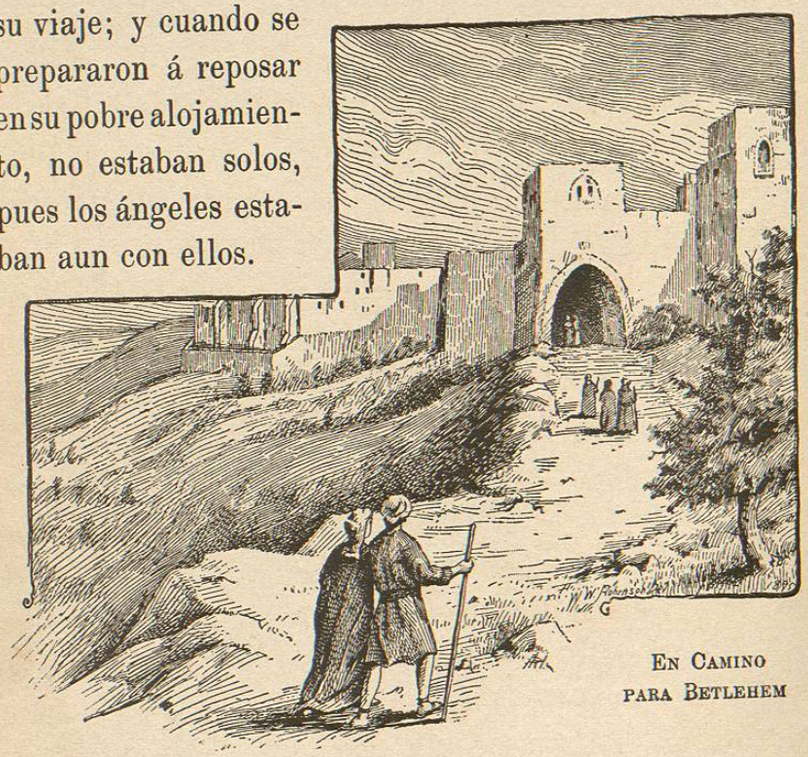
Ese era un viaje penoso, como viajaba la gente en aquel tiempo, y María, que acompañó á su esposo, estaba muy fatigada cuando subían la ladera sobre la cual está Betlehem.

¡Cuanto anhelaba encontrar un lugar cómodo donde descansar! Pero las posadas estaban llenas de gente ya, y mientras que los ricos y soberbios estaban bien provistos de todo, esta humilde pareja tuvo que guarecerse en un rudo edificio donde se abrigaba el ganado.

José y María no eran enteramente pobres; pues

aunque tenían pocos bienes terrenales, Dios les amaba, y eso les daba la felicidad y la paz. Ellos eran hijos del Rey de los Cielos, quien les iba á honrar más que á cualesquiera otros seres humanos.

Los ángeles les habían estado resguardando durante su viaje; y cuando se prepararon á reposar en su pobre alojamiento, no estaban solos, pues los ángeles estaban aun con ellos.



En Camino para Betlehem

Fué allí en aquel humilde establo, que nació Jesús, nuestro Salvador, y le acostaron en un pesebre. En tan ruda cuna fué arrullado el Hijo del Altisimo,— aquel cuya presencia había llenado de gloria, poco antes, las cortes celestiales. Allá los ángeles le adoraban, aquí las bestias de establo fueron sus acompañantes. Pero aquel pobre pueblo no podía deshonrarle: al contrario él le dió

una gloria que no pasará mientras que el nombre de Betlehem sea conocido en la tierra.

Los sacerdotes y principales entre los Judíos no estaban preparados para acojer con gozo el nacimiento del Salvador. No habían deseado su presencia, y eran demasiado orgullosos para poder creer que ese niño en el pesebre pudiese ser el Mesías prometido.

Por eso Dios mandó brillantes mensajeros desde su trono de luz para dar las gozosas nuevas á unos humildes pastores,— hombres piadosos, que velaban sus ganados durante la noche en las planicies de Betlehem.

Estos pastores devotos estaban pensando en el Mesías prometido y anhelaban su llegada. A ellos podía ser revelado el mensaje celestial; porque ellos lo apreciarían y se regocijarian por el.

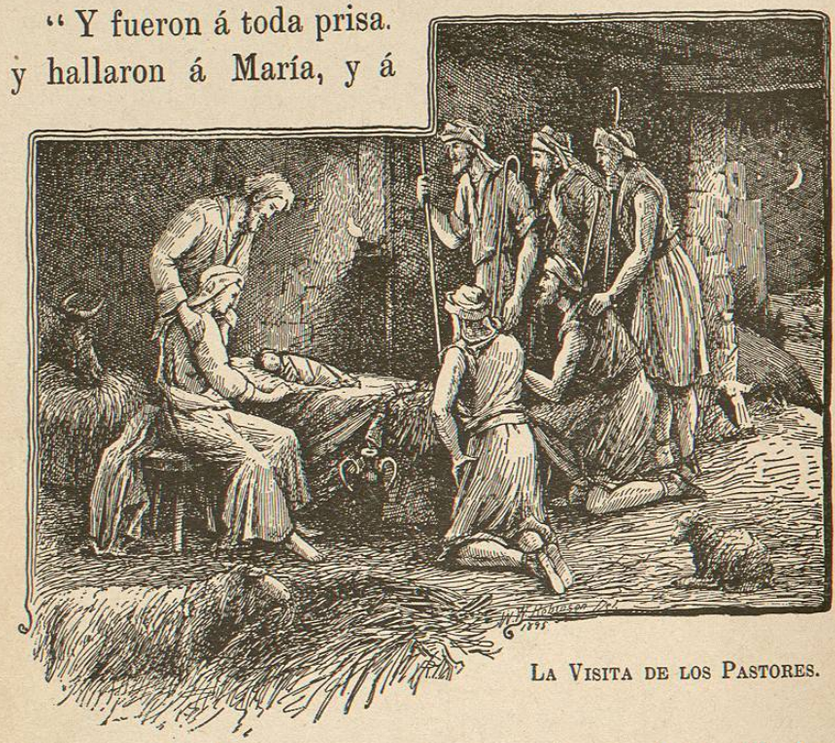
"Y un ángel del Señor se puso junto a ellos, y la gloria del Señor brilló en derredor de ellos; y temieron con gran temor. Pero el ángel les dijo: ¡ No temáis ! pues, he aquí, os anuncio buenas nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo de Dios; porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido Salvador, el cual es Cristo, el Señor.

"Y esto os será la señal: Hallaréis un niñito fajado con pañales, y recostado en un pesebre. Y repentinamente con el ángel una multitud de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: ¡ Gloria en las alturas á Dios, y sobre la tierra paz, entre los hombres la buena voluntad !

"Y aconteció cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, que los pastores se decían los unos á los otros:

¡Pasemos pues hasta Betlehem y veamos esta cosa que acaba de suceder, la cual el Señor nos ha hecho saber!

"Y fueron á toda prisa. y hallaron á María, y á



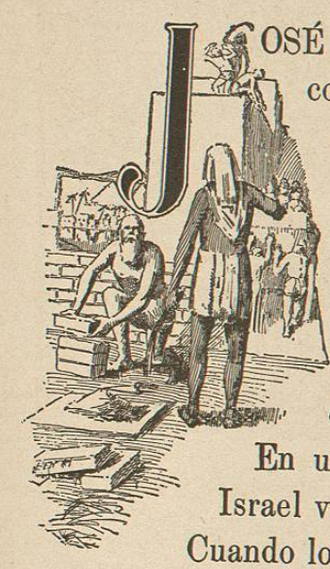
La Visita de los Pastores.

José, y al niñito recostado en el pesebre. Y habiendolo visto, dieron á conocer la noticia que se les había dado respecto de este niño.

"Y cuantos lo oyeron, se maravillaban de lo que les fué dicho por los pastores. María empero guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazon."[1]

[1] Lucas 2: 9-19.

Jesús Presentado en el Templo.



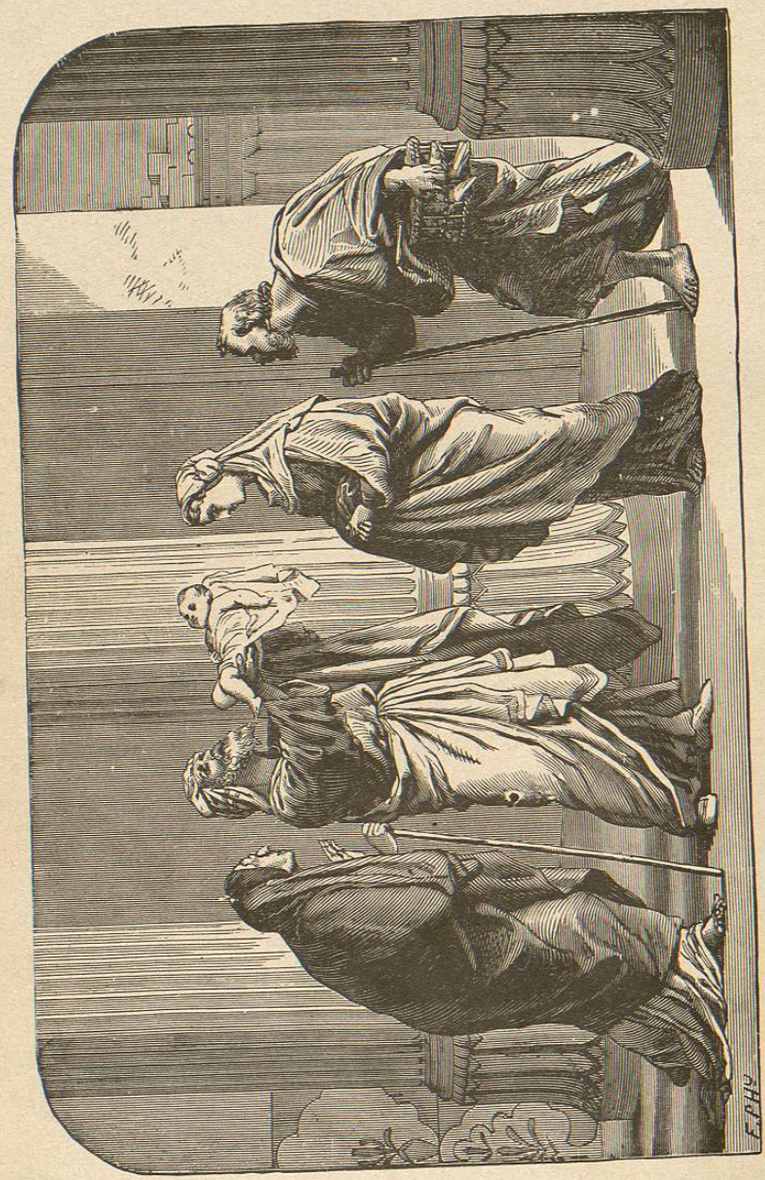
JOSÉ y María eran Judíos, y seguían las costumbres de su nación. Cuando el niño Jesús tuvo ocho días de nacido fué circuncidado, conforme al mandamiento que se dió á Abraham.[1] En esto quizo Dios que su propio Hijo, el Príncipe de los Cielos, pusiera un ejemplo de obediencia.

En un tiempo muy remoto los hijos de Israel vivieron por muchos años en Egipto. Cuando los Egipcios fueron crueles con ellos y trataron de hacerlos sus esclavos, Dios levantó á Moísés para libertarlos.

El rey de Egipto se negó á dejar ir á los Israelitas, y Dios entonces mandó terribles plagas sobre los Egipcios. La última de estas plagas fué la muerte de los primogénitos en todas las casas, desde el palacio del rey hasta la choza mas humilde en aquella tierra.

El Señor dijo á Moisés que cada familia tenía que matar un cordero y que poner algo de su sangre sobre los postes de las puertas de sus casas. Esto era para

[1] Genesis 17: 12.

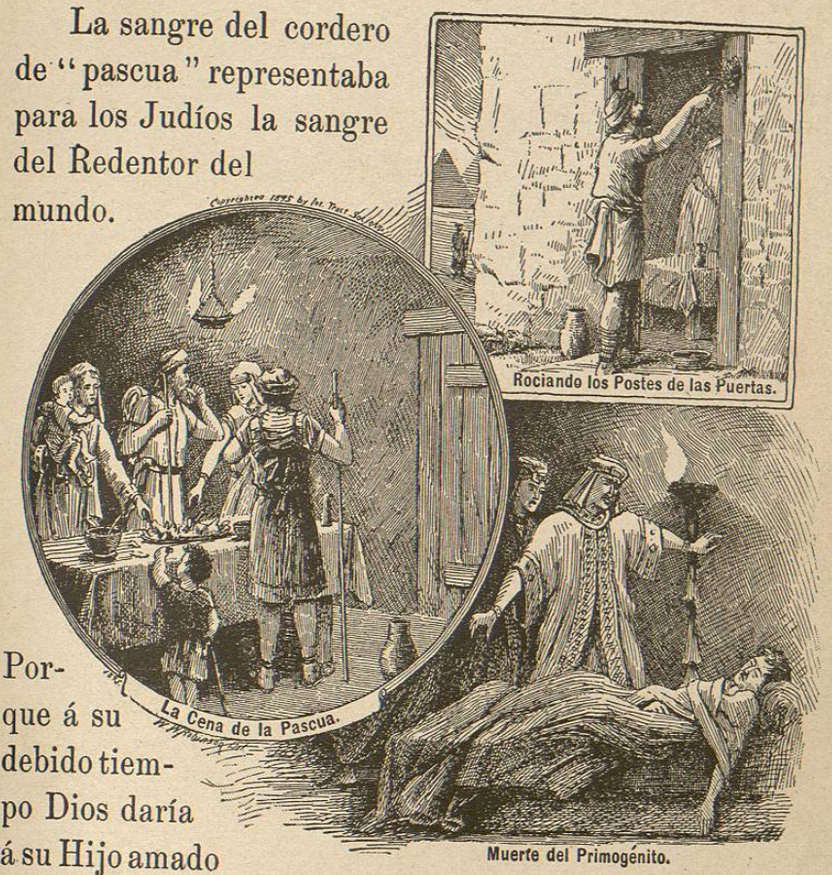


Su Presentación en el Templo.

"¡Ahora despide á tu siervo, Señor, conforme á tu palabra, en paz! porque han visto mis ojos tu salvación."

que el ángel de la muerte pasara por encima de todas las casas de los Israelitas y sólo destruyera á los soberbios Egipcios.

La sangre del cordero de "pascua" representaba para los Judíos la sangre del Redentor del mundo.



Porque á su debido tiempo Dios daría á su Hijo amado para ser sacrificado como lo era el cordero páscual; para que todos los que en él creyeran fuesen librados de la muerte sempiterna. Cristo es llamado nuestra pascua 1 Corintios 5 : 7. El fué inmolado desde el principio del mundo. Revelación 13 : 8. Por su sangre tenemos redención. Efesios 1 : 7.

En memoria de esta gran salvación de la muerte por la plaga, y para que tuviesen siempre presente la salvación aun mayor que el Hijo de Dios había de efectuar, cada primogénito varón tenía que ser presentado ante el Señor en el Templo. De manera que cuando Jesús tuvo seis semanas de edad, José y María lo llevaron al sacerdote quien ofreció la ofrenda determinada por la ley.

En las personalidades de José y María no notó el sacerdote nada extraordinario. Ellos eran simplemente gente obrera de la Galilea. En el niño Jesús no vió mas que una tierna criatura. Poco se imaginaba aquel sacerdote que tenía en sus manos al Salvador del mundo, al sumo sacerdote del Santuario Celestial. Pero bien pudiera haberlo sabido; porque si hubiese sido hombre como debiera, Dios le habría manifestado esas cosas.

En ese momento se encontraban en el Templo dos de los verdaderos siervos de Dios. Ambos se habían envejecido en el servicio de su Señor, y este les había dado á conocer cosas que había tenido que ocultar á los sacerdotes orgullosos y mundanos.

Simeón había obtenido la promesa que no moriría antes que hubiese visto al Mesías. Tan luego como vió al niño Jesús en el Templo lo reconoció como el Ungido del Señor. Tomándole en los brazos, dió gloria á Dios y dijo:

"¡Ahora despide á tu siervo, Señor, conforme á tu palabra, en paz! porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz que es para ser revelada á las naciones, y la gloria de tu pueblo Israel."[2]

Ana, la profetisa, era mujer de grande edad. Ella sirvió "al Señor noche y día, en ayunos y oraciones.

"Y ésta, presentándose en aquella misma hora, daba gracias á Dios, y hablaba de aquel niño á todos los que esperaban la redención en Jerusalem."

Es así que Dios escoge gente humilde para ser sus testigos. Aquellos á quienes el mundo llama grandes son elegidos raras veces para llevar la luz de la verdad y misericordia á los que se han extraviado en los tenebrosos senderos del pecado.

María, la madre de Jesús, apenas podía creer que el Señor le concedería tan alto honor. Llena de júbilo y sorpresa decía: "Engrandece mi alma al Señor." "¡Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; y santo es su nombre!"

"Depone á los poderosos de sus tronos, y ensalza á los humildes. Á los hambrientos los llena de bienes, y á los ricos los envía con las manos vacías."[4]

[2] Lucas 2: 29-32. [3] Lucas 2: 38.
[4] Lucas 1: 46, 49, 52, 53.

Jornadas de los Magos.

"Vimos su estrella allá en Oriente, y hemos venido para adorarle."

Visita de los Hombres Sabios.

DIOS no quizo dejar al pueblo en la ignorancia tocante á la misión de su Hijo. Los Sacerdotes, que debían haber sido los instructores fieles en las cosas concernientes á Dios, no las conocían ellos mismos. Ellos no pudieron reconocer al Mesías; pero Dios mandó á sus ángeles para decir á los pastores que el Cristo había nacido, y en donde podían encontrarle, y como reconocerle.

Así también, cuando Jesús fué presentado en el Templo, Dios había preparado sus testigos. Habíales conservado sus vidas hasta que tuvieran el privilegio y la felicidad de dar testimonio que el niño Jesús era el Cristo mismo — el Ungido del Señor.

Quizo Dios que otros, además de los Judíos, supieran que había llegado el Salvador para comenzar su misión terrestre. En el lejano Oriente había hombres sabios que habían leido las profecías concernientes á la venida del Mesías, y que opinaban que no tardaría en aparecer.

Los Judíos consideraban á esos hombres meramente como filósofos paganos. Pero esos filósofos no eran idó-